

TRANSCRIPCIÓN DE ENTREVISTA A JAVIER BARRIENTOS

Esta entrevista al historiador Chileno, Javier Barrientos, fue grabada en Santiago de Chile. Abril, 2005.

Agradecemos la transcripción de esta entrevista a René Rojas.

CW:

Antiguamente, en las clases de literatura de castellano; los grandes profesores eran capaces de recitar ese comienzo extraordinario de uno de los grandes poemas de la literatura española medieval. Me refiero al poema del *Mío Cid*. Ese comienzo, ese momento dramático, en que el *Mío Cid* sale al exilio, incomprendido por su propio rey, y el texto dice:

*De los sos oios tan fuerte-mientras lorando
Tornaua la cabeça e estaua-los catando.
Vió puertas abiertas e vços sin cannados,
Alcandaras vazias sin pieles e sin mantos,
E sin falcones e sin adtores mudados.
Sospiró Myo Çid ca mucho auie grandes cuydados.
Ffabló Myo Çid bien e tan mesurado:
Grado a ti sennor padre que estas en alto,
Esto me an buelto myos enemigos malos.¹*

Este comienzo del poema del *Mío Cid* debe haber sido uno de los trozos favoritos de –no me atrevo a decir si el padre de la patria o uno de los fundadores del orden chileno– me refiero a Andrés Bello. Se dice que leyendo y estudiando el *Poema del Mío Cid*, Andrés Bello llegó a un contacto con el Derecho Romano, que lo llevaría tal vez a alguna epifanía y que terminaría en este Código Civil, que ha sido la piedra angular de esta extraña y lejana república que es Chile.

Para hablar de códigos, para hablar de poemas que inspiran códigos, para hablar de fundadores de la patria que son juristas y poetas, está conmigo Javier Barrientos; profesor de Filosofía del Derecho de la Universidad Diego Portales. Un joven investigador, pero un joven que lleva sobre sus hombros una cantidad de libros impresionantes publicados; ¿Cuántos libros, Javier?

JB:

Pues creo que quince más menos...

¹ “[Cantares del Cid Campeador, conocidos con el nombre de Poema del Cid](#)” -- Ed. facsímil. [Cantar de Mío Cid](#). Original: Madrid, M. Rivadeneyra, 1864.

CW:

Quince libros y una cantidad infinita de artículos. La historia de Javier es una historia muy hermosa. Quizás él mismo nos la pueda contar: parte en Ancud, sigue en Santiago y en Zaragoza. Y es una historia de un hombre muy joven que vive sumergido en los archivos, publicando artículos muy técnicos y muy especializados. Un hombre que hace hablar los archivos históricos. Gracias Javier por estar aquí en esta conversación, en este programa; bienvenido...

JB.

Gracias, yo contento de estar aquí, y también porque dentro de esa biografía mía si hay algo creo yo que puede definirme, también en estar perdido entre estos papeles antiguos, es mi especie de visión aristotélica y esa frase que yo rescato de Aristóteles –y por eso que la traigo aquí al comenzar, para recibirte como huésped y también yo como huésped recibirme aquí– que el pensar es una *forma superior de vida*.

CW:

Que linda frase, hermosa...

JB:

Esa frase aristotélica: el pensar es una *forma superior de vida*, por eso vengo con esa disposición a vivir este momento.

CW:

Javier, tu historia comienza en Ancud, y Ancud forma parte de Chiloé, Chiloé es una isla que tiene una historia especial dentro de esta otra isla que es Chile: ¿Qué tiene que ver tu origen, tu historia y tu infancia con tu propio camino y tu pasión tal vez por la historia? ¿Cómo te marcó ese origen?

JB:

Sí, me marcó la mirada de un mar, y de un mar curioso porque no es sólo el alma isleña la que llevo, sino que es haber vivido en un lado de la isla donde el sol nacía en el mar. Para mí fue una sorpresa, llegar al Chile histórico para mí fue descubrir que el sol –en el Chile histórico– moría en el mar. Por lo tanto yo veía el mundo desde otra perspectiva. A mí el sol me nacía en el mar y, por lo tanto, el sol para mí estaba permanentemente vinculado con el mar. Ese mar me unía al Chile histórico, en ese mar corría la sangre de una historia que no era tan común. Una historia que se me hacía distinta porque hablábamos distinto, porque pensábamos distinto y porque cuando cruzábamos el Canal de Chacao en aquella época –yo recuerdo alguna vez cruzarlo en lancha y no en trasbordador– uno iba a Chile. Uno iba a Chile. O sea, hay una conciencia de la diferencia, y yo creo que la conciencia de la diferencia ha marcado mucho mi trabajo. El vivir en Chiloé es asumir lo diferente.

CW:

¿Y qué es lo distinto de estos dos Chiloé-Chile? ¿Qué es lo que diferencia Chiloé de Chile?

JB:

Lo que lo diferencia es que la insularidad te construye una visión de ti completamente autosuficiente. El chilote sabe que depende sólo de sí, y que depende sólo de sus redes, y de unas redes que son pre modernas. Mientras que el Chile histórico, en el siglo XIX da el salto a la modernidad, y se destruyen las redes de lo pre moderno. Por lo tanto, tú encontrabas un Chiloé en el cual el intercambio de bienes se daba en una economía típicamente pre capitalista, o sea, la *minga*, el *yoco* en invierno cuando matas a un chancho, es una forma de intercambiar bienes fundado en la solidaridad y en el orden de la amistad. Mientras que el mercado en el siglo XIX, entre otras cosas por Andrés Bello, había logrado consolidarse como mecanismo que intercambia bienes. Chiloé, desde esa perspectiva, nos mostraba un mundo que se había ido, pero que estaba allí. Y quizás eso es también lo que motiva mi preocupación histórica. Chiloé era la historia retrasada. Era un alma que se había quedado allí, rodeada, con un mundo dado vuelta, y respecto del cual ni siquiera había interés en salir.

CW:

¿Y qué perdió y que ganó el Chile con ese salto a la modernidad? ¿Qué perdimos y que ganamos, crees tú?

JB:

Perdimos tal vez aquello que ahora la pos-modernidad nos comienza a mostrar. Perdimos –yo creo que– la preponderancia de la vida del alma. Chile pierde el alma individual. Las personas perdemos el alma individual con el tránsito al siglo XIX. Ahora ¿Qué ganamos? Quizás ganamos los puntos de referencia. Quizás en el siglo XIX por primera vez comenzamos a tener conciencia de que el mundo existe más allá del desierto y más allá de la cordillera. Y claro, el tener un punto de referencia para mirarte a ti mismo es muy valioso. Creo que quizás, desde una perspectiva amplia, puede ser esa la...

CW:

Es difícil para un chileno mirar con distancia qué es Chile, por algo nos hacemos a cada rato esta pregunta; ¿Qué somos? Vuelven a aparecer libros que se escriben sobre la identidad, etcétera. Y también a veces es difícil, para alguien que ha recorrido América latina –por ejemplo un mochilero, un gringo que viene, que ha estado en Colombia, en Venezuela, en México, en Perú– y llega a este país. Es un país que –a mí por lo menos– me produce una extrañeza. ¿No se si compartes esa extrañeza? Y si tú tuvieras que contárselo a alguien de afuera: ¿Qué es Chile? ¿Qué es lo que es el Chile, qué es lo que lo hace ser distinto del resto de América latina? ¿Y qué es –a lo mejor– lo que lo hace ser parte de América latina? No se por donde va ir tu respuesta.

JB:

Si, somos un país distinto. Somos un país distinto, yo alguna vez incluso a mis alumnos – con cierto ánimo provocador– les suelo decir que no sólo en el aeropuerto deberíamos exigirles, por reciprocidad, pago a ciertos países, sino que deberíamos cobrar entrada. Porque somos un país digno de ser observado y de que nos observemos. Pero ahora ¿Por qué? Porque hemos vivido de la palabra. Hemos vivido de la palabra. Y hemos vivido de una palabra que ha alcanzado unas dimensiones de profundidad y de altura que no existen en otros lugares ¿Qué queremos, o qué entiendo yo por vivir de la palabra? Aquí nuestra historia común siempre la hemos ligado a nuestros relatos, y a un relato que se desvincula de la realidad. Que se desvincula por completo de la realidad. Por lo tanto, lo que nos ha importado de nuestro país es aquel relato común que hemos ido construyendo. O, a veces un relato común que se nos ha impuesto. Ahora, ese relato ha sido virtuoso en el sentido de generar que nos adecuemos al propio relato, y por lo tanto, eso genera –en el observador externo– que cuando tú conversas con un chileno y le dices cualquier cosa, y él te dice “no” –cosa muy rara, no sabemos decir “no”, porque el “no” es violencia y también tenemos cierto temor a la violencia– cuando tú dices “no” y estás entre chilenos, nosotros inmediatamente sabemos si ese “no” es sí, si ese “no” es no; un extranjero jamás. Nuestros niveles de relato son los que nos diferencian. En el resto de América el relato no ha llegado a esa profundidad. Lo que quizás ha llegado a la profundidad, en otros países de América, es el arte; la imagen, la expresión visual. Nosotros no somos un país de gran representación visual, durante el XIX y durante buena parte del XX, pero si somos un país de relato desde un Pedro de Valdivia.

CW:

¿Somos *cuenteros*, eso quieres decir tú?

JB:

No, no somos *cuenteros*. No somos *cuenteros* porque la diferencia estriba en que nosotros construimos nuestra verdad. Por lo tanto cuando contamos, estamos contando nuestra verdad. Es una verdad que portamos en el alma, pero que hemos construido. Es como si de algún modo hubiéramos asumido esa visión de ese –también precioso– poema de Octavio Paz que se llama *¿Águila o sol?: abolida la distancia entre el hombre y la cosa, imaginar es crear, y nombrar, nacer (sic)*². Cuando nosotros en Chile nombramos, creamos. Y creamos la realidad.

CW:

Por eso somos un país de poetas ¿No?

² El original dice: *Abolida la distancia entre el nombre y la cosa, nombrar es crear, e imaginar, nacer*. “Un poeta” de Octavio Paz.

JB:

Tal vez. Es que si uno lee las cartas de Pedro de Valdivia... esto ya nos viene de allí. O sea, un extremeño, completamente loco –que es parte de herencia también que mantenemos– llega aquí y lo primero que hace es escribir. O sea, se sienta allí, al borde del Mapocho, y escribe. Y escribe un país que no existe. Y un país que sus ojos no ven. Pero lo escribe. Y entonces tú dices: ¡pero que pasa aquí! Hay algo en esta tierra, hay algo en este rincón, que te mueve a ver tu vida y tu futuro como un relato.

CW:

¿Y qué es lo que es?

JB:

(Suspira) Yo creo que es eso, o sea, un suspiro. Yo creo que es eso, un suspiro, porque este país es melancólico. Hay alguna razón que nos conmueve el alma cuando uno llega. Y no sólo cuando tú llegas, es quizás –y yendo al Derecho– una especial concepción de pertenencia y de domicilio. Andrés Bello define por allí el domicilio, pero hubo un romano que lo superó. En el siglo II hay una preciosa definición de domicilio que yo creo que es la que explica ese suspiro entre nosotros. Dice: *¿Qué es el domicilio? Es aquel lugar, de aquel que cuando tú no estás, tus amigos dicen que te has ido; y que cuando vuelves tú dices: he llegado.*

CW:

Que hermoso.

JB:

Esa que es una definición jurídica, está en un texto de Justiniano, es lo que te genera un suspiro. Nosotros aquí no definimos al país tanto por la materialidad, lo definimos por una constelación de sensaciones que te sitúan el alma en un espacio singular.

CW:

Tal vez Chile no tenía nada, en comparación a otras cosas que tenían otros países ¿Y tal vez, esa carencia de riquezas exuberantes y evidentes –como lo era en México o en Perú– hizo que buscáramos la riqueza en otra parte? En la creación, en el relato o en la historia, o en...

JB:

Sí, quizás en esto uno podría decir que –uno podría parangonar– la diferencia entre Roma y esas ciudades itálicas... y las ciudades griegas, digo. La polis griega, por su situación geográfica, no puede crecer hacia los lados. Está allí entre montañas y el mar. Y por lo tanto, el griego se ve obligado a crecer hacia el pensamiento. A nosotros nos pasa algo igual; un desierto, un mar, una cordillera nos impide crecer, nos impide extendernos. Pero sí nos mueve a crecer hacia otra parte. Ahora, si ese crecimiento tú lo encuentras en el lenguaje, es el mejor crecimiento, porque el lenguaje hace parir la realidad. Y Chile no ha sido más que eso, o sea, un parto de unos naufragos que se quedan aquí, con destino a no marcharse. Ahora, la única opción que tienen es hacer parir el barco que les salvará. Ahora, un barco que les salvará, pero que no les va a llevar a otro puerto porque ya están aquí.

CW:

Andrés Bello es un personaje que yo sé que te fascina y te ha interesado muchísimo. Acaba de salir un libro que se llama *La pasión por el orden* editado por Iván Jaksic, un interesantísimo libro sobre Andrés Bello. Y Andrés Bello, de alguna manera, tal vez puede explicar o conectarse con esto que estamos conversando. Andrés Bello, por un lado es poeta, y por otro lado es un gran jurista. Y es un hombre que funda un orden y que prácticamente uno podría llamarlo el padre de la patria ¿Sería el padre de la patria –entre paréntesis– Andrés Bello? Más que O’Higgins, o más que... ¿Quién es el padre de la patria, en realidad? ¿Quién es el padre de Chile?

JB:

Lo que está claro es que no tenemos abuelo (*hay risas*). Sí, Bello es un padre. Ahora, yo creo que es un *pater familiae*, no sé si *padre de la patria*. Yo tengo poco conocimiento respecto de la patria, porque *la patria* es una realidad que se construye a partir de un imaginario del siglo XIX. Pero sí Bello es un padre, Bello opera como padre. Y claro, un Bello que ya en Caracas había comenzado su preocupación por el *Mío Cid*, y que en Londres... Bello es el primero que –por eso que atinada la lectura de este *Cid* saliendo de Burgos– Bello es el primero en hacer una edición crítica de los manuscritos del *Mío Cid*; no llegó a terminarla ni a publicarse. Pero cuando se hizo el estudio de esa edición por Menéndez Pidal la calificó –naturalmente– como la mejor. ¿Ahora, por qué este Bello es un padre? Porque tiene la experiencia paterna, tiene esa experiencia romántica paterna de quien –yo suelo decirlo– ha emprendido un viaje; llega a un Londres inhóspito, casa por primera vez, enviuda pronto, queda con tres hijos, vuelve a casar; no lo pasa bien en Londres, salvo intelectualmente, y viaja de vuelta. Es el viaje del *Ulises* que retorna, no a la casa paterna, pero sí allí donde están sus antiguos dioses. Y aquí él va a intentar lo que hace todo romántico después del fracaso: intentar construirse ese universo donde pueda sobrevivir a su fracaso.

CW:

¿Se podría decir, Javier, –perdón– leyendo un poco la biografía, por ahí leí que perdió muchos hijos, unas cartas muy tristes y muy amargas por el dolor, da la impresión que es un hombre que viene de muchas desilusiones; uno podría decir que tal vez –jugando– el Código Civil de Andrés Bello es el fruto de las desilusiones de Andrés Bello frente a ciertas cosas? Y si es así, ¿De qué viene desilusionado Andrés Bello?

JB:

Sí, fíjate que esta es una muy aguda observación tuya, porque no se me había ocurrido, pero es cierto, el Código uno podría verlo en esa clave. Es un código de desilusión, porque el primer código es el Código francés de 1805... –precisamente es el 1804, celebramos el bicentenario el año pasado³– y es el código de los revolucionarios. O sea, la burguesía triunfante de la revolución francesa, ilusionada, quiere cambiar el mundo y cree que el Derecho le va a permitir construir un nuevo orden. En cambio uno mira nuestro Código, y ve que nuestro Código ni es revolucionario, ni quiere cambiar el mundo, ni está ilusionado con una transformación. Todo lo contrario, y aquí quizás –en eso también lo advierte muy bien Jaksic– nuestro Código es el código del orden. Ahora ¿Qué orden? El orden anterior al viaje, o sea, el orden que yo tenía antes de viajar. O sea, antes de viajar, en Caracas, había un orden social determinado que no lo quiero cambiar.

CW:

¿Una Ítaca?

³ La entrevista se realizó el año 2005.

JB:

Exactamente. O sea, he vuelto y ese orden lo quiero conservar, y lo quiero conservar en el Código. Y por eso la estructura de la familia en el Código, es una estructura completamente anterior al viaje. Por eso encontramos un Código que tiene mucho de pre-ilustrado, un Código en que están esos maravillosos artículos de las abejas que *huyen de la colmena* o de las palomas que *abandonan el palomar*. Unos preciosos versos – además– en tres o cuatro artículos. Pero, en definitiva, un Código que no apuesta a la ilusión. Bello sabe que el Derecho puede tener una que otra virtud, pero la que no tiene es la de cambiar la realidad. Es lo mismo que Bello piensa en el orden político, hay un maravilloso artículo de Bello publicado en *El Araucano* sobre las constituciones, y esto es lo que lo hará coincidir con Portales, desde otro ángulo. Bello es el primero que entre nosotros diferencia entre lo que es la *constitución escrita* y la *constitución real*. Él dice: “en América tenemos una *constitución real* que es la que nace del corazón, del comportamiento de las personas, la que uno siente y vive, y que no necesita de artículos. Ahora, tenemos una *constitución escrita* que nace de un gabinete que al mediodía se saluda con salvas y por la tarde se la pateada y se la escupe; yo –dice– opto por la *constitución histórica*”. Ahora, esa *constitución histórica* es la constitución anterior al viaje. Él no cree –como hemos creído durante el siglo XIX y gran parte del siglo XX– que lo que nos va a hacer felices y que lo que nos va a ordenar y a reconciliar, es tener una buena constitución. Bello no tiene ninguna preocupación por la Constitución. Es lo mismo que le ocurrirá a Portales: cuando se va a redactar la Constitución del '33, Portales se va a Valparaíso, no tiene la menor preocupación por un texto, la realidad...

CW:

Y sin embargo existe esta idea, en el sentido común, de que somos un país legalista, apegado a la ley, al texto, a los códigos ¿Cuánto de verdad hay en eso, y de donde viene esa idea?

JB:

Sí, esa idea, en parte ya es una idea castellana muy antigua. El castellano, ya desde el Medioevo, es un hombre de Derecho. Es un hombre de Derecho, y nosotros lo fuimos también, siempre lo fuimos hasta principios del siglo XIX. Un hombre de Derecho en sentido amplio, nuestra propia independencia se construye sobre el Derecho y se justifica sobre el Derecho. Ahora, el siglo XIX quizás, producto de la ilustración, nos convierte de un hombre de Derecho en un hombre de ley. Y en eso sí que el pensamiento ilustrado caló profundamente. Vamos a creer profundamente en la virtud de la ley. En una virtud de la ley que fue también destacada por Bello, pero en una virtud de la ley como ordenadora. Bello creía en la ley en cuanto conservadora del orden; el ilustrado, a diferencia de Bello, cree en la ley como solucionadora. Es como si la ley se convirtiera en sortilegio: promulgar una ley es combatir al destino.

CW:

Es que es una visión mágica de la ley.

JB:

Claro, efectivamente. El ilustrado, el hombre de la revolución francesa; la pandilla del siglo XVIII es, a pesar de su racionalismo, es profundamente mítica. Sólo que ha convertido el mito en una cierta idea racional, pero claro, cuando uno dice: es que aquí se desborda el río Mapocho, hay un terremoto, y claro, inmediatamente: ¡hay que dictar una ley! Pero claro, hay que dictar una ley porque es el sortilegio. O sea, antes arrojábamos una doncella al volcán, ahora no: dictamos una ley para aplacar la furia. Es una cosa muy curiosa.

CW:

Oye, Bello, si uno tendría que clasificarlo en esta –quizás es una división tonta y tal vez inoperante hoy día– liberales-conservadores ¿Qué es lo que era: era un liberal o un conservador? ¿Era una mezcla de las dos cosas, o no entra dentro de esa clasificación?

JB:

Sí, mira, esto es muy interesante –disculpa que yo...– siempre mis alumnos me suelen decir que soy un hombre de eternos prólogos y de nunca contenidos; y haré un pequeño preámbulo: el dualismo liberal-conservador lo usamos en distintos sentidos en la historia y en el lenguaje coloquial, y por eso normalmente no nos entendemos, y por eso tampoco sabemos a que dividirnos. Pero Bello claramente es un liberal económico. Este es un punto que nadie ha destacado normalmente de Bello. Bello en Inglaterra asume por completo el liberalismo; por su contacto con el liberalismo inglés, además él va a ser maestro de Mill, y él implanta en el Código Civil un orden económico absolutamente liberal. Y eso explica porque en Chile, desde el siglo XIX hasta hoy día, el liberalismo económico es algo que todos –cual más, cual menos– compartimos.

CW:

¿Por eso *prendió* aquí el liberalismo?

JB:

Y por eso *prendió* el liberalismo, porque el liberalismo tuvo un armazón jurídico que ya lo tenía todo preparado cuando las formas neoliberales en el XX vienen simplemente a reinstalarse. Pero luego, liberal: ¿En qué otro sentido se puede ser? En materia de pensamiento uno podría decir que sí; Bello para su época es un pensamiento. Esa preciosa frase, dos veces repetida en el mejor discurso que se haya escrito en Chile –que es el de instalación de la universidad del estado– que *en el piélago del universo, todas las verdades se tocan. En el piélago del universo todas las verdades se tocan*, y lo dice a propósito de que hay una facultad de teología en la universidad del estado y que hay una facultad de ciencias exactas, pero si la teología tiene sus verdades y las ciencias exactas tienen sus verdades *en el piélago del universo, todas las verdades se tocan*. Eso se puede leer en clave liberal. Se puede leer en clave liberal, pero en clave de lenguaje: Bello, contrariamente a lo que la polémica de la generación del '42 suponía, Bello no es un hombre aferrado al lenguaje antiguo. Bello es un hombre consciente del poder de la palabra. El poder de la palabra, el conocer el lenguaje, el vivir el lenguaje y el *hacer parir la realidad* con el lenguaje es lo que le preocupa. Y sus formas no son sólo formas antiguas. Esa traducción o semi-traducción del poema *ve a rezar hija mía* –lo recuerdo ahora...

CW:

Ah, la oración, esa maravillosa. *Oración por todos* ¿No?

JB.

...Porque la escribe cuando se ha muerto una de sus hijas, ya que mencionaba las pérdidas de Bello. *Ve a rezar hija mía* lo escribe precisamente para esa hija a la cual no pudo olvidar nunca y él lloraba cuando recordaba a su hija y también cuando recordaba a su madre.

CW:

¿Te lo leo acá? Dice:

*“Ve a rezar, hija mía. Ya es hora
de la conciencia y el pensar profundo:
cesó el trabajo afanador y al mundo
la sombra va a colgar su pabellón”.*

JB:

Esto nos anticipa, en la lectura, algunas de las claves de la escritura de Darío.

CW:

¿Sería un precursor de Darío, Andrés Bello?

JB:

Yo creo que hay un cierto parentesco, un cierto parentesco en el uso del lenguaje entre Bello y Darío.

CW:
Alguien dijo...

JB:
Quizás sea –disculpa– quizás porque Darío también llega a este puerto en un viaje.

CW:
Claro, hay una cita que leí por ahí, que dice que *Bello, el que lo supo todo, Virgilio sin Augusto, y pintor de nuestra zona* ¿Qué te dice esto: *Virgilio sin Augusto*?

JB:
Bello no necesitaba de un Augusto. No necesitaba de un Augusto. Mario Góngora –que es quizás uno de los primeros que ve con ojos distintos a Bello– señala que Bello es el prototipo del intelectual y no el del político. El prototipo del que está detrás del poder. Ya apuntaba a algo, ya ha seguido en cierto modo esa línea. Pero Bello no tiene pasión por el poder, por lo tanto, no necesita de un Augusto, porque él sabe que el trabajo del poeta, el trabajo de Virgilio –claro, el trabajo de un Virgilio que construye la historia nacional romana.

CW:
Un poeta legislador...

JB:
Una *Eneida*; en ese sentido...

CW:
¿El Código Civil sería nuestra *Eneida*?

JB:
El Código Civil es nuestra *Eneida* porque es nuestro viaje sin retorno (*risas*). O sea, nuestro Código Civil es nuestro viaje sin retorno. Porque todo pasa por el Código. Ahora, lo que no puede ocurrir es que pasemos sobre el Código. En un detalle tonto... quizás nuestra última gran transformación social de este orden pre-viaje es haber introducido el divorcio vincular el año pasado. Pero claro, cuando se introdujo el divorcio vincular no se ha tocado el Código, o sea, está en una ley fuera del Código. Y nuestro Código, si tú puedes leer nuestro artículo 102⁴ del Código Civil, nos sigue diciendo que el matrimonio es indisoluble. Aquí están nuestros niveles de lenguaje, o sea, nuestro Código pre-viaje nos sigue diciendo “usted se une para toda la vida”, y ese lenguaje lo compartimos todos.

⁴ **Artículo 102.** El *matrimonio* es un contrato solemne por el cual un hombre y una mujer se unen actual e indisolublemente, y por toda la vida, con el fin de vivir juntos, de procrear, y de auxiliarse mutuamente.

CW:

Javier, ¿Y cómo es el ocaso de Andrés Bello? ¿Cómo termina él? Esta especie de Virgilio o Homero, no sé si Virgilio o Homero sería, ¿Más Virgilio o más Homero, es Andrés Bello?

JB:

Más Homero creo yo. Más Homero porque Bello no necesita ver, si hacemos cuenta de un Homero ciego. Bello no necesita ver, necesita sólo la palabra... Es que el ocaso de Bello, es también el ocaso de ese mundo anterior al viaje. Ese mundo anterior al viaje. Nada cambia en nuestro país hasta que Bello muere. Bello muere en 1865, y muere de la mejor manera como se puede morir. Porque Bello, en la casa de la universidad del estado, rector de la universidad, enfermo desde hace unos años, parapléjico, tendido en una silla, inmovilizado; enferma y está allí en su lecho de muerte, sobre la tarde, las ventanas algo abiertas, la brisa entra, se mueven las cortinas. Se mueven las cortinas, y en su lecho agonizante ¿Qué ve Bello? No ve cortinas, no ve cortinas: ve olas, y sobre las olas ¿Qué ve? No ve barcos, no ve barcos: ve palabras. Ahora ¿Qué palabras ve? No ve las palabras de alguien que espera la otra vida, no ve las palabras que recuerda de su madre: ve las palabras de Homero, ve los versos de la *Odisea*. Y no los ve en castellano – naturalmente–: los ve en griego.

CW:

Los ve en griego...

JB.

¡Los ve en griego! Y allí agonizante, este paralítico lee y recita los versos de Homero. Y muere leyendo los versos de Homero. Se hunde, se hunde con Homero, y con él se hunde el antiguo régimen en Chile. El ocaso del viaje, y del mundo anterior al viaje, se entierra con Homero. O sea, que manera más hermosa de acabar con el mundo antiguo en nuestro país y de empezar con un mundo nuevo.

CW:

Si tú tuvieras que escoger, así arbitrariamente en este Código –a propósito de la palabra– momentos epifánicos del Código Civil. Los que a ti más te gusten, quizás uno o dos, tal vez un fragmento (*le entrega el Código Civil*)...

JB.

(Mientras lo observa) ¡Momentos epifánicos!

CW:

O bellos o interesantes o que te parezcan...

JB:

Hay múltiples. Yo tengo una gran dificultad con los números, porque el Código también es artificio de números, cada artículo tiene sus números y yo tengo una particular dificultad con los números. Cuando les explico a veces a mis alumnos sobre los números y les doy alguna fecha sobre algún hecho histórico, les suelo decir que si les doy una fecha, sólo de una cosa pueden estar seguros: que esa no es. Por lo tanto, me cuesta encontrar... Pero aquí, por ejemplo, cuando Bello distingue los tipos de animales: *se llaman animales bravíos o salvajes los que viven naturalmente libres e independientes del hombre, como las fieras y los peces; domésticos los que pertenecen a especies que viven ordinariamente bajo la dependencia del hombre como las gallinas, las ovejas; y domesticados*—y aquí la belleza— *los que sin embargo de ser bravíos por su naturaleza se han acostumbrado a la domesticidad y reconocen en cierto modo el imperio del hombre*⁵. *En cierto modo...* Este artículo, que además tiene ritmo: hay una construcción en doce sílabas; tiene una cosa notable, porque no utiliza el ilativo, Bello da ejemplos. Porque el usar la “i” habría roto la cadencia; si hubiera dicho “como las gallinas y las ovejas” se le habría roto: *Como las gallinas, las ovejas; como las fieras, los peces.*

Es un precioso artículo, pero hay —a propósito de esto— hay otro también muy, muy notable. Muy notable. Que está por aquí mismo. Que yo lo mencionaba rato atrás, que es un artículo también muy conocido: el artículo 619⁶: *las abejas que huyen de la colmena y posan en árbol que no sea del dueño de ésta, vuelven a su libertad natural, y cualquiera puede apoderarse de ellas, y de los panales fabricados por ellas...* En cambio, *las palomas que abandonan un palomar y se fijan en otro, se entenderán ocupadas legítimamente por el dueño del segundo, siempre que éste no se haya valido de alguna industria para atraerlas y aquerenciarlas.*

Porque eso es notable de estos dos artículos, porque —fíjate tú— *las abejas huyen; las palomas abandonan* ¿Por qué las abejas *huyen* y por qué las palomas *abandonan*? Esto no se trata de un simple recurso para evitar el empleo dos veces de las palabras. Claro, una paloma *abandona* porque la paloma tiene hogar. La paloma tiene hogar, tiene casa, construida no por ella: a la paloma le han construido el palomar, le han construido la casa, la han llevado allí y sólo aquel al que han llevado a algún lugar lo puede *abandonar*. Mientras que una abeja ha construido su hogar, y aquel que ha construido lo suyo, no lo abandona: se ve obligado a *huir*.

CW:

Aquí hay un rigor, un manejo de la palabra, del lenguaje impresionante ¿No se ha perdido de alguna manera eso radicalmente en Chile, es decir, ese rigor, esa prolijidad, esa capacidad de ordenar el mundo y de expresarlo a través de un lenguaje tan estético y tan bello? ¿No lo hemos perdido, no se acabó ese Chile definitivamente? Hay alguien, un escritor chileno, que dijo: *se acabó Chile* ¿Qué piensas tú de esa afirmación? Se acabó ese Chile, donde las cosas se hacían bien, donde había un rigor, una prolijidad, incluso en el lenguaje, en las palabras...

⁵ Artículo 608 del Código Civil.

⁶ Lee un fragmento del Art. 620 y luego del Art. 621.

JB:

Sí, ese Chile se acabó. Ese Chile se acabó. El mundo construido sobre la palabra, que es nuestro mundo desde mi visión, se acabó. Nuestra palabra es tan pobre y es tan pobre que ya no sólo podemos hablar con nosotros mismos. Y si no somos capaces de hablar con nosotros mismos es absolutamente imposible el diálogo con el otro. La falta de la palabra explica muchas veces que ese lugar lo ocupe la violencia. Y claro, cuando tú tienes quinientas palabras aprendidas, de las cuales la mitad son conectores y el otro tercio son palabras malsonantes, te has convertido en un mudo por completo. Entonces no puedes decirte más que tonterías a ti mismo, y no sólo no puedes decirte más que tonterías, sino que lo que es más grave: no puedes crear belleza. Y en un país en el cual se pierde la palabra, se pierde la belleza. Y lo feo comienza a ganar terreno. Y lo feo en los códigos que son monumentos a la estulticia y a la ignorancia. Ahora esto... Sí, si son monumentos a la estulticia y a la ignorancia, sin tener que entrar a los ejemplos de las torpezas legislativas (*más risas*), que son múltiples. Había una notable muy reciente, pero notabilísima. Cuando se quiso despenalizar el adulterio, se dictó la ley para despenalizarlo, entonces se redefinió el adulterio sólo para efectos civiles y se decía: *comete adulterio la mujer casada que yace con varón que no es su marido y el varón que yace con mujer con la que no está casado*. Lo cual significaba que cualquier hombre, soltero o casado, por el sólo hecho de yacer con mujer cometía adulterio ¡O sea, medio Chile era adúltero! Y hubo, claro, que dictar una ley de un artículo único a los pocos meses para introducirle la palabra casado a la palabra varón, lo cual es una torpeza que no tiene que ver con la fealdad. Pero claro, cuando uno lee todo tipo de cosas, cuando uno lee la prensa, cuando tú lees un anuncio en una estación de metro, francamente son incomprensibles. No porque el publicista haya querido aguzar el ingenio para convencernos de las bondades del producto, sino porque contrarían las reglas más básicas de la gramática. Ese Chile se perdió, y claro, al perderse eso, tú ya no te puedes nombrar, no puedes nombrar al otro, no puedes contar tu historia; reduces tu historia. Tu historia queda comprendida en cuatro verbos y en tres sustantivos.

CW:

Hay otro personaje que aparece en nuestra historia, y que algunos lo consideran más importante que Bello. También podría ser uno de los fundadores. Otros le quitan la importancia, que es Diego Portales, cuyo cadáver acaba de aparecer. Aquí tengo unas fotografías, no se si la encuentro. Estas fotos impactaron al país, cuando fue redescubierto el cadáver de Portales en la Catedral Metropolitana ¿Por qué todo este revuelo en torno al aparecimiento del cadáver de Portales y tú le ves –para utilizar un término *junguiano*– una sincronía, nos está diciendo algo esta aparición de Portales hoy, en el Chile de hoy? Hablemos un poco de Portales a partir de este cadáver redescubierto, Javier.

JB:

Mira, yo diría que más que redescubrir a Portales –y para tomar desde allí el comentario– lo que ha ocurrido, en sentido clásico, ha sido la invención del cadáver de Portales.

CW:

¿Cómo es eso?

JB:

Portales ha sido inventado a propósito de estos trabajos en nuestra Catedral. Porque inventar, inventar en el sentido clásico de *invenio*, del latín *invenio*; algo que viene a mí, pero que viene a mí por un descubrir pensando. Inventar significa mostrar lo que ya estaba allí, pero que no se había visto. Portales ha estado allí enterrado, sus huesos han estado allí desde que lo pusieron en la Catedral, pero se nos olvidó. Se nos olvidó. Por alguna razón que deberíamos explicarnos, Portales dejó de ser Portales y pasó a ser, simplemente, las palabras que decíamos sobre Portales. Y volvemos aquí a cuanto nos importa a nosotros el relato y el discurso. Portales fue nuestra metáfora para explicarnos. Para explicarnos con una u otra finalidad, pero él dejó de ser importante, y la discusión que hemos tenido sobre Portales en los últimos veinte, treinta o cuarenta años, o en cualquier momento; no ha sido sobre Portales, ha sido sobre los relatos que hemos construido sobre Portales. Aquí no discutimos sobre Portales, sino que discutimos si fue o no fue el constructor del orden. Ahora, ¿por qué discutimos esto? Porque alguien lo dijo. Ahora claro, inventamos hoy día a Portales, pero inmediatamente de inventado Portales sus huesos dejan de ser importantes. Desde el momento en que un laboratorio nos dice "sí, era Portales", ya deja de importarnos Portales; y se vuelve a situar el relato *portaliano* en nuestro interés.

CW:

¿Cuál es tu juicio sobre Portales? Tu juicio histórico y comparémoslo un poco con Bello, así brevemente; la figura, el arquetipo. Son dos arquetipos; Andrés Bello es un arquetipo y Portales otro.

JB.

Sí, son dos desilusionados, y en ese sentido la comparación es posible; desde la falta de ilusión. Ahora, han llegado a la desilusión por razones distintas: Bello ha llegado a la desilusión romántica, Portales ha llegado a la desilusión pragmática. Un comerciante, que se arruina después de la independencia, y que ve la imposibilidad de la vida práctica; y desde esa perspectiva coinciden. Y desde esa perspectiva ellos están más atentos a los hechos que a otro tipo de cuestiones, pero, más que esa sintonía, no hay. Ahora, Portales en el momento concreto y clave, toma ciertas decisiones o inspira ciertas decisiones en el gobierno, pero son decisiones accesorias, que...

CW:

¿No era un visionario?

JB:

No, aquí quizás con esto no mantengo la opinión común; Portales no era un visionario. Portales era un hombre también anterior a un viaje, Portales es un hombre que cree mucho en la organización anterior, es un hombre que desconfía bastante de las ideas ilustradas. Esa tan manoseada carta a Cea, respecto de la cual se han levantado tantos falsos testimonios históricos al leerla; allí nos dice claramente que él no participa de esta idea de una democracia representativa y de una soberanía popular. O sea, para nada, para nada; él cree en un gobierno absolutamente distinto, en un gobierno de *la flor y nata*; no es un visionario, él cree en una serie de ideas que vienen de la época anterior: la educación, el orden e imponerlo a como de lugar. Pero si Portales hubiera hecho lo que hizo, y no hubiera existido una cabeza que hubiera mantenido en el tiempo ese discurso, desde la enseñanza, como lo hizo Bello; desde la prensa, como lo hace Bello; desde el Senado, como lo hace Bello; todo habría sido distinto.

El mérito –quizás– que también les une, es que ellos representan esa generación que yo llamo de los *no-fanáticos*, y que es lo que nos diferencia de otros países hispanoamericanos.

CW:

¿Y cuáles son los fanáticos?

JB:

La mayoría de los países hispanoamericanos, cuando hacen la independencia, ven triunfar a los fanáticos; que son una serie de personas de muy buenas intenciones, pero completamente borrachas de los ideales de la revolución francesa y del independentismo revolucionario. Y que con completa desconexión de la realidad hispanoamericana, pretenden convertir a nuestra América mestiza en una plaza de la Bastilla. Y eso es absolutamente imposible.

CW:

Después será el Palacio de Invierno...

JB:

Claro. Entonces, claro, cuando esta gente triunfa, lo hace no sólo queriendo construir un país sobre la base de una revolución. O sea, pero que cosa más patética, que muchos países nuestros, incluso nosotros en el XIX, llamemos a lo que pasa en nuestros países la revolución de la independencia. Aquí no hubo revolución. Destruyen el país antes de del viaje. Lo destruyen, y una vez destruido el país antes del viaje, asumen la tarea titánica de construir el país revolucionario; y en eso está todo Hispanoamérica hasta el día de hoy. Entre nosotros, esos fanáticos, que pueden haber sido tres o cuatro: Camilo Henríquez, un Manuel Rodríguez entrando a caballo en el Congreso; desaparecen en el curso de 1817 a 1830. Y no nos queda ningún fanático de esos. Y en 1830 aparecen estos desilusionados del fanatismo y nos dicen: “no, el mundo anterior al viaje”.

CW:

¿Y Lastarria, qué arquetipo sería dentro de esta historia, de este relato?

JB:

Lastarria, que fue discípulo de Bello; Lastarria comienza su vida, propiamente tal, a la muerte de Bello. Como todos los liberales. Los liberales han estado bajo el manto de este hemipléjico de la Alameda, cuando se muere Bello el '65, allí comienza el mundo liberal. O sea, si no es coincidencia que el liberalismo en Chile, y nuestro tránsito hacia ideas liberales, aparezca desde la muerte de Bello. Lastarria es un liberal, pero... Lastarria es un sujeto curioso. Es un sujeto curioso, porque tiene un defecto –a mi juicio– que es lo que no me lo hace resultar simpático; que es un hombre de pocas convicciones. Es un hombre que lee mucho, que se preocupa; pero que encuentra un texto, se enamora, se fanatiza. Entonces, se fanatizó de Bentham, pero inmediatamente que leyó a Ahrens, se fanatizó con Ahrens; luego conoce a Constant, se fanatiza con Constant; luego lee un texto sobre el régimen federal en Estados Unidos y se fanatiza con el federalismo norteamericano. Entonces, es un hombre que tiene una serie de ideas muy distintas que uno puede seguir políticamente a lo largo de su vida; todas ellas si marcadas por el signo de una cierta idea liberal en materia política, pero sumado a la inconstancia. Sumado a la inconstancia, la variabilidad y la inconstancia son los dos lastres de Lastarria; él cree que su genio es tal, que basta con que pronuncie las ideas, con que presente los proyectos, para que ellos florezcan solos.

CW:

Bueno, ¿Eso no es una confianza muy chilena en la palabra? ¿No es muy chileno eso?

JB:

Sí, yo creo que... no se sí tan chileno, pero sí es bastante liberal. Es bastante liberal, desde esa perspectiva. El liberal tiene una suerte de confianza mítica y mágica, en que sus pensamientos y sus reglas, caminan solas. O sea, que cosa más mágica que creer que el mercado funciona solo. Eso no es más que propio del estado mítico antes del paso a la razón, o sea; el estado no funciona solo, pero el liberal cree eso. Por lo tanto, yo creo que eso es mucho más liberal que propio de nuestro carácter nacional.

CW:

Otra de tus investigaciones –vamos a dar un salto aquí– pero muy interesantes me parecieron, en los textos que he podido leer, es que tú te has dedicado a investigar últimamente las lágrimas en el Derecho. Y eso sí que es interesante y extraño, explícame un poco que hace un profesor de Filosofía del Derecho estudiando las lágrimas en el Derecho.

JB:

Bueno, yo las estudio desde la ausencia. Desde la ausencia... porque el Derecho, en general, quizás es demasiado estudiado desde su presencia. Y la ausencia –en esto yo creo que comparto esa maravillosa idea de Günter Grass cuando dice: *sólo aquello que se ha perdido definitivamente, merece ser contado*; o sea, sólo lo que tú has perdido definitivamente, puedes contarlo– y como la historia no es más que un relato, el percatarse que hoy día las lágrimas están ausentes, y están ausentes no sólo en el Derecho, sino que en lo cotidiano; te lleva a preguntar: pero si están ausentes las lágrimas ¿Hay alguna otra ausencia mayor que merezca ser contada, alguna ausencia que pareciera definitivamente ida? Y claro, tú entre las frías páginas de las leyes, si hay algo de lo cual te puedes dar cuenta, es que a lo mejor este viejo Código aún tiene alma; pero las nuevas leyes carecen de alma. La ausencia es la ausencia del alma.

CW:

Cómo, perdón, quizás explicarlo bien ¿En que sentido las lágrimas están ausentes en el Derecho? Si quizás podrías explicarlo a través de un caso...

JB:

Las lágrimas están ausentes del Derecho porque en el mundo anterior al siglo XVIII, anterior a esta modernidad ilustrada, las lágrimas tienen un sitio en el Derecho, y tienen un sitio en múltiples casos; por ejemplo, para decidir si un matrimonio era nulo o válido – ya que estamos en temas matrimoniales– porque la mujer había sido obligada a contraer matrimonio, una de las pruebas determinantes era si la mujer había llorado en el momento de dar el sí.

CW:

¡Qué maravilla!

JB:

Porque la lágrima es vehículo de la verdad. En tu alma está el depósito de tu verdad, y tu alma tiene un lenguaje; y el lenguaje del alma es el lenguaje de las lágrimas. Y por eso las lágrimas pueden ser lágrimas que transporten la verdad desde tu cuerpo al mundo, o que transporten también la mentira...

CW:

Las lágrimas de cocodrilo...

JB:

Las *lágrimas de cocodrilo*. Y por eso el Derecho tiene que comenzar a hacer una taxonomía de las lágrimas; lágrimas verdaderas, lágrimas falsas, lágrimas de dolor, lágrimas de alegría. Cuando se acusa a una mujer de haber asesinado a su marido, un detalle judicial imprescindible, es averiguar si la mujer había derramado lágrimas o no. Porque, claro, si al ver muerto a su marido había llorado, esas lágrimas podían ser indiciarias de la verdad. Pero también podían ser indiciarias de ser *lágrimas de cocodrilo*, porque podía llorar de alegría de haberse liberado de su marido.

CW:

Javier, de alguna manera lo que tu estás diciendo es que tuvimos un Derecho anterior, ¿Al Derecho ilustrado sería, o racionalista?

JB:

Sí, sí...

CW:

Un Derecho más cercano a lo humano, a la subjetividad, a la dimensión interior del hombre; y hoy día tendríamos un Derecho más frío, más objetivante, que, de alguna manera ha escindido el cuerpo y el alma ¿Un poco eso estás diciendo?

JB:

Si, es exactamente eso, porque todo esto parte de una distinta concepción del hombre, hasta la ilustración, hasta el racionalismo en el siglo XVIII en occidente todos compartíamos la idea de que éramos un compuesto inescindible de cuerpo y alma. Hay un jurista incluso que llega a decir en el XVI: *un cuerpo sin alma, no es un cuerpo*.

CW:

Todo el tema de la fisonomía...

JB:

Exactamente, todo el tema de la fisonomía y toda la idea de que no podemos concebirnos, sino como esta unión esencial y substancial de cuerpo y alma. El siglo XVIII y el racionalismo nos va a convertir, desde la perspectiva de las ciencias experimentales, en un compuesto biológico; somos únicamente lo que es capaz de ser medido y experimentado. Somos cuerpo; el alma, como no puede observarse, como no puede experimentarse, no es propia de la ciencia, no es objeto de estudio científico. Y no sólo eso, se llegará a decir: "aquello que la ciencia no demuestra, no existe". Por lo tanto, el alma ya no existe, el alma no interesa a la ciencia, y si el Derecho a partir del siglo XVIII, quiere situarse del lado de la ciencia, sólo puede estudiar y regular aquello que es científico en el hombre. Y por lo tanto, el alma, que no es cognoscible por la ciencia experimental, queda fuera del Derecho.

CW:

Y cómo te imaginas –brevemente, para terminar– si tuvieras la posibilidad de reinventar el Derecho –imaginemos, juguemos un poco– ¿Cómo construir un Derecho? ¿Cuál te imaginas tú que es el Derecho que viene, que correspondería al hombre de hoy día, al hombre contemporáneo, un Derecho con alma? ¿Desde qué bases habría que inventar un nuevo Derecho? Si este Derecho no da cuenta de lo que somos, de nuestra integridad.

JB:

Me pones en aprietos, pero sin duda una de las claves que habría que considerar, es la maravilla de la diversidad. Porque cuando tú asumes que todos tenemos cuerpo y alma, estamos asumiendo que cada alma es un sagrario individual e inconfundible con los otros.

CW:

Único e irrepetible, digamos...

JB:

Único e irrepetible. Que cada alma tiene un destino singular y una belleza propia. Y que tú tienes, en el Derecho, que dar la posibilidad a esa pluralidad de almas, la búsqueda de su vida bella y feliz. Cuando tú crees que hay una sola alma, que todos somos iguales...

CW:

¿Ese igualitarismo viene de la revolución francesa?

JB:

De la revolución francesa. Ese igualitarismo nos reduce a un solo destino, a una sola felicidad y yo me resisto –me resisto– a que no tengamos la posibilidad de construir un mundo en que la pluralidad, la diversidad y la profundidad insondable de cada alma, no se vea reflejado en las reglas que nos hacen encontrarnos con el otro cada mañana.

CW:

Yo te quiero agradecer muchísimo, Javier, esta conversación y este recorrido; bueno, yo creo que tú tienes una tarea, eres una persona muy joven, tal vez seas nuestro próximo Andrés Bello para salir de esta curiosa, confusa y extraña llamada pos modernidad como tú la llamaste al comienzo del programa. Gracias Javier por haber estado en esta conversación.

JB:

Te lo agradezco a ti más.